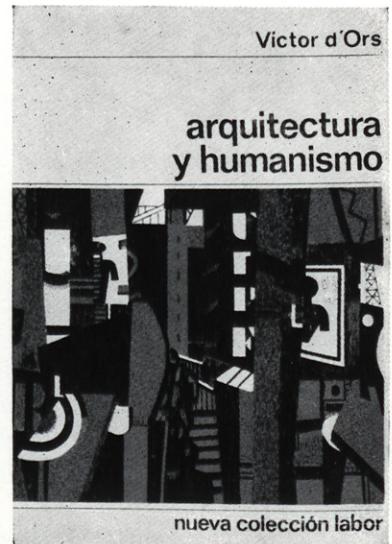


NOTAS SOBRE FORMACION ARQUITECTONICA

P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS



EN TORNO A UN LIBRO RECIENTE (1)

La publicación de un libro que lleva tras de sí muchos años de esforzada meditación es siempre un acontecimiento en la vida de los pueblos, porque de estos alumbramientos brota la luz que para bien o para mal ilumina los caminos que sigue la cultura. Pero cuando se trata de una obra que aborda temas tan poco cultivados en España como son los arquitectónicos, su publicación debe ser acogida con gozo de fiesta mayor. El mío no puede encontrar mejor cauce que el comentario, amplio y flexible, a un puñado de ideas y sugerencias que han prendido de modo especial mi interés de lector.

De las dos partes—perfectamente diferenciadas—de la obra, consagraré estas notas a la segunda, atenida en exclusiva a temas pedagógicos. En otro artículo haré los comentarios que me sugiera la teoría estética esbozada en la primera parte, más amplia y densa.

FORMACION Y CREACION

Nada más urgente que revisar a fondo nuestros planes de enseñanza, casi todos ellos en exceso esclerosados. Es éste un punto en que toda crítica bien intencionada y positiva debe ser recibida con alborozo, porque en la coyuntura de progreso que vive España toda reforma es tan necesaria como fatales sus consecuencias si la orientación conforme a la que se realiza está lejos de ser adecuada.

Tal vez el aspecto más importante y más descuidado—incomprendiblemente—en los sistemas actuales de educación sea la formación de los alumnos en orden a una labor creadora. Por eso estimo un acierto de Víctor d'Ors el agregar a las dos "caras de

la enseñanza"—informar y formar—una tercera: "en-formar". Poner en forma es algo mucho más robusto, poderosamente dinámico, viviente y laborioso que el mero configurar el espíritu a través de un aprendizaje más o menos activo o pasivo del legado de la cultura. Nada hay que más perfeccione la personalidad que ponerse a la tarea de crear, pues ello comporta la movilización de todas las facultades humanas, sobre todo aquellas que implica el hecho de vivir en vecindad con los altos valores que nutren el espíritu del hombre, hecho para resistir altas presiones entitativas. Para moverse a crear hay que fecundar el espíritu en el diálogo con las realidades fecundas. De ahí que, al tiempo que se transmite la imprescindible erudición en un profesional, importa poner al alumno en presencia viva de lo originario, forma singular de tensión dialéctica que es justo la que hace posible fundar ámbitos de presencia. Esta presencia dialogante confiere al espíritu robustez, ansia de siempre mayor radicalidad, ímpetu para adentrarse en el difícil ámbito de apertura de nuevas realidades a través de la obra de creación, que siempre responde—cuando es auténtica—a un entusiasmo por el ser, al asombro que produce lo nuevo, lo originario.

Todo el que haya hecho alguna vez una experiencia artística sabe en qué consiste la emoción de lo nuevo, lo que brota como una fuente, a modo de luz con emoción de alborada. Hace varios siglos en el corazón de Europa surgió un fenómeno artístico característico de la vida monacal: el canto gregoriano. Pero yo recuerdo que cuando en mi primera juventud oí—en el amparo de una iglesia benedictina—las primeras antífonas gregorianas, sentí que algo nuevo, inédito, acababa de brotar y enriquecer el acervo de valores del Universo. Este es el secreto de las realidades más altas: que vencen el tiempo y el espacio y conservan una perennidad que las acerca en todo momento a las fuentes mismas del ser, de las cuales surge el encanto de los orígenes. La formación verdadera consiste—justamente—en esto: hacer vivir a los alumnos la seducción de los orígenes, el encanto siempre nuevo del alba,

(1) Cf. VÍCTOR D'ORS: *Arquitectura y humanismo*. Nueva colección Labor, Madrid, 1967.

de todo lo que se abre a la vida. Y esto no se logra cabalmente sino en el esfuerzo de la labor creadora, porque crear es asistir activamente a un alumbramiento entitativo. ¿Hay algo más penoso y más gozoso a la vez que el trance creador?

Sólo aquí, en esta actividad de positiva colaboración con las fuerzas creadoras de lo real en torno, es donde pone el hombre en forma las posibilidades de su ser que fundan ese ámbito recondito y manifiesto a la vez que llamamos intimidad. Pues el hombre se hace al distenderse a través de su actividad creadora en niveles profundos.

Si la mera información procede casi siempre de fuera adentro, la formación es más bien endógena, actúa de dentro afuera. La "en-formación" es, diríamos, *distensional*, porque tiene lugar al crear realidades nuevas mediante la distensión del hombre en un medio propicio a la actividad creadora.

Evidentemente, como subraya muy bien d'Ors, debe darse una profunda interacción entre las diversas fases educativas. La verdadera información debe realizarse con ímpetu creador, pues no hay auténtica asimilación sino a través de un proceso en alguna medida creador. La mera acumulación informativa es inevitablemente indigesta, peso muerto del espíritu que, más que abrirlle posibilidades, lo envara y entorpece. Este dinamismo creador es el que consigue el milagro de trasustanciar la información en energía personal a través de ese "silencio gestativo que implica el olvido de los datos informativos", que postula d'Ors (pág. 87).

De ahí que formarse no sea tan sólo ir descubriendo paulatinamente el propio mundo interior, sino constituirlo al hilo de la fundación de nuevos ámbitos de presencia. A mi entender, el hombre desarrolla su interioridad y personalidad en una medida proporcional a la cantidad y, sobre todo, calidad de los ámbitos existenciales que ha sabido esforzadamente crear. La tarea esencial del pensar, querer y sentir consiste en crear lazos de interacción que enriquecen el Universo.

El concepto de formación es *totalitario*—como subraya d'Ors—; compromete la integración de cuerpo, alma y espíritu. Pero esta totalidad debe cobrar la plenitud de su sentido en el proceso mismo creador. No hay posibilidad de realizar una integración sino en el seno de una actividad común al servicio de un alto ideal.

Esto permite comprender de modo bastante nítido que la enseñanza tal como se entiende actualmente es en muchos casos principio de *masificación*, pues la masa se compone de individuos que no han logrado elevarse a los altos niveles de autonomía y riqueza personal en que se constituye la persona.

En la línea de su ilustre progenitor, el inolvidable don Eugenio, Víctor d'Ors señala que la mayor atención del educador debe dirigirse al alma del alumno, que es la parte más característica del ser humano. Si por el cuerpo tenemos los hombres una misma vertiente objetiva, y por el espíritu una misma vertiente cultural, por el alma nos constituimos en "individuos". Y, dado que el alma es

"angélica" y cada ángel constituye—según Santo Tomás—una especie propia, de aquí podemos inferir—según d'Ors—que por el alma somos los hombres enteramente diferentes. Para no "desangelarnos" debemos atender, pues, a cada particular alma.

A esto, que en el fondo es indudablemente justo, quisiera agregar el hecho—para mí indubitable—que el hombre escala las cotas más altas de su ser a medida que entra en diálogo con las realidades más elevadas, sobre todo con Dios. Atender a un ser "en su vertiente de alma" es fomentar su vida de relación consciente y amistosa con los entes en sus estratos más hondos, la huída de la superficialidad, el cultivo de las formas de relación que comprometen—por radicales—el sentido más íntimo del propio ser y del propio actuar. Por eso es la actividad—cuando se desarrolla en niveles lo suficientemente hondos para no degenerar en *activismo*—el vehículo nato del desarrollo humano. Todo el que conozca un tanto de cerca por propia experiencia la vida íntima de un instrumento musical sabrá medir la diferencia que media entre el mero oír sonidos y el producirlos, el dejarse mezclar por las formas que otros nos transmiten y el luchar con la materia para clasificar las formas en un constante proceso de nacimiento. Este asistir activamente al nacimiento de mundos sorprendentes es la fuente del dinamismo ascensional que lleva al espíritu humano a pleno desarrollo y madurez.

LA NECESIDAD DE GRANDES MAESTROS

Lo dicho anteriormente tiene una aplicación inequívoca y patente en lo que toca a la enseñanza de la Arquitectura, disciplina vertida—si las hay—a faenas creadoras. La Arquitectura—advierte d'Ors—es la "manifestación del orden ideal o metafísico del espacio" (pág. 109). Arquitectura es crear espacios. Pero los espacios cuya creación persigue la verdadera Arquitectura no son entidades físicas elaborables con la mera aplicación de un saber técnico, sino algo en extremo complejo, cuyo logro implica toda una formación humanística. Es sabido que por encima de la vertiente física, perfectamente controlable, de los seres flota en algunos un algo casi imperceptible, pero perfectamente real y capturable, que decide el sentido de los mismos. Es muy difícil concretar en qué consiste este algo indefinible, pero nadie osaría negar su existencia por temor a mutilar irreparablemente la realidad. Se trata de entidades, en lenguaje de d'Ors, "sobredeterminadas", y de ellas es el espacio arquitectónico un ejemplo notable.

Para entrar en contacto con este género altísimo de realidades, la vía real es la presencia de un "maestro" que conviva con el alumno la tensa y sobrecogedora tarea de trascender lo cotidiano hacia el reino de lo profundo. Por eso d'Ors subraya—con acierto—(pág. 111) que lo esencial no son los "exhaustivos planes de estudio", sino el trato con el profesor maduro, "ese ser ejemplar y comunicativo al que hay que admirar, pero con el que se puede jugar". Al quehacer de auténtico magisterio se opone la activi-

dad febril, el ritmo excesivamente acelerado impuesto al estudio por los programas demasiado generales, amplios y recargados y la poca dedicación de los profesores al cumplimiento de su noble y áspera misión. Maestros para quienes aprender y comunicar lo aprendido de un modo viviente resulta un alto gozo del espíritu existen muy pocos—si todavía alguno—en la actualidad.

Pero, correlativamente, se impone una consideración respecto al alumnado. Para suscitar la existencia de grandes maestros se necesita la presencia de excelentes alumnos, y a ésta se opone—según mi entender—la actual uniformidad del alumnado.

En los centros de estudios superiores se advierten dos tipos perfectamente diferenciados de alumnos: los que se someten más o menos pasivamente a las exigencias escolares con el fin de obtener un título que les permita ser útiles a la sociedad en el desempeño de un cargo docente o les sirva de amparo en sus quehaceres privados culturales, y los alumnos que desean adentrarse sin barreras en el ancho mundo de su especialidad.

Pienso que muchas de las consideraciones que hoy se están haciendo respecto a la función auténtica de los centros de cultura superiores se hacen teniendo ante la vista, callada o expresamente, este segundo tipo de alumnos, que deben ser cuidadosamente atendidos, pues de ellos pende—a no dudar—la marcha de la alta cultura del país, ya que ellos son quienes están llamados a cubrir los puestos de la investigación en todos los frentes. Si en los centros de enseñanza se mantiene a los alumnos más sobresalientes violentamente represados en tareas meramente escolares, sin abrirlos al ancho mar, arriesgado, pero infinitamente sugestivo, de la investigación, no puede extrañar a nadie que las tareas investigadoras sean quehacer exclusivo de franeotiradores, que difícilmente pueden potenciar sus esfuerzos mediante la energía del trabajo en equipo bien trabado y consistente. Pero es peligroso—a su vez—orientar los planes de estudio sobre la base exclusiva de las exigencias de estos alumnos especialmente dotados y exigentes. Esta doble consideración me sugiere la idea de la conveniencia de establecer dos planes de estudio: uno, más elemental, para los alumnos que desean una mera formación digamos “técnica”, y otro, más exigente, dinámico, rigurosamente creador, para los alumnos que quieran vivir plenamente el riesgo de la cultura.

A este género de estudiantes debe aplicarse de modo especial la idea subrayada por d'Ors de que todo futuro ayudante de arquitecto debe vivir las grandes creaciones del espíritu humano. Es lamentable que la prisa por asimilar de memoria unas lecciones, preparar exámenes, etc., no deje hueco suficiente ni humor a los estudiantes para adentrarse de modo rigurosamente personal —vale decir, fervoroso y entusiasta—en la vida interna de las diversas disciplinas. Es necesario—insiste d'Ors—que en el último curso los alumnos se familiaricen con los proyectos y obras de los grandes maestros de nuestra generación, insertándose de lleno en la problemática y tendencias de la arquitectura contemporánea. Constituye un mal incalculable la costumbre—muy usual en ciertas

facultades—de estudiar con toda amplitud ciertos períodos del pasado y no atender en modo alguno a las fuerzas vivas del presente —de las cuales arranca el impulso hacia el porvenir—, pues no resulta factible formar hombres de acción, verdaderamente creadores, sin un fuerte enraizamiento en el momento actual. Toda labor creadora se realiza en distensión, en un entorno vital humano cultural que el arquitecto debe conocer y vivir de un modo interno y potente.

Todas las consideraciones sobre la enseñanza de la Arquitectura deben ir presididas por el reconocimiento de que estamos ante un “oficio de madurez” (d'Ors), cuyo aprendizaje requiere, evidentemente, un tiempo lento y largo. No procede, pues, quemar arbitrariamente etapas, pues todo desarrollo orgánico exige un tiempo determinado. Cabe, ciertamente, ganar tiempo mediante una dedicación intensiva, a condición de no entender la formación como mera acumulación de saberes, sino como puesta en forma del espíritu.

El logro de la antedicha madurez exige—a juicio de d'Ors—una sólida base humanística: “Filosofía y arte, matemáticas y ciencias naturales, ecología y “cultura de vida”; y en torno asimismo mucha música y, naturalmente, por otro lado mucho vivir las obras; una formación tan completa como quizás la de ningún otro profesional. Hay que cultivar la intuición, la razón y la sensibilidad y enriquecerse con la experiencia.” Lo decisivo es, en definitiva, adentrar al alumno en la vida interna de las diversas disciplinas a fin de suscitar su poder creador. Rehacer creadoramente el camino de los antepasados modélicos sirve de experiencia para el alumno y constituye la única forma de ganar auténtica madurez y alcanzar cotas muy altas. Sólo así se comprenden de verdad los procesos históricos y se aceptan las exigencias de la actualidad no por mero esnobismo, sino por la fuerza misma de las cosas. Tal sucede, por ejemplo, con la atención que se presta actualmente al espacio como elemento activo, no como mero vacío formado por las paredes circundantes.

Al abordar temas pedagógicos artísticos se camina sobre el suelo quebradizo constituido por la siguiente pregunta: ¿Es posible enseñar a crear belleza? ¿Es la belleza un objeto posible de enseñanza? Además de enseñar el “oficio”, se debe acompañar al alumno a lo largo del proceso de gestación del ente vivo cultural llamado “proyecto del edificio”. Lo importante es que el maestro enseñe a los alumnos a guardar fidelidad a la idea madre que constituye la célula germinal y el principio interno que dirige y modela la creación de una obra. En esta sobrevisión endógena, la técnica va fundida orgánicamente con la “sobredeterminación”, es decir, con la intuición del principio vital artístico que es el motivo impulsor de la obra de arte. Sin inspiración rigurosamente propia, nada o muy poco hará el alumno. Pero a todo el que cuente con alguna potencia artística, esta apertura de manos de un buen maestro al mundo misterioso y apasionante de la creación artística es un catalizador de incalculable fuerza.